

DIPUTACION PROVINCIAL DE SANTANDER
INSTITUCION CULTURAL DE CANTABRIA

DISCURSOS DE INGRESO DE LOS CONSEJEROS DE NUMERO

JAVIER GONZALEZ-RIANCHO Y MAZO

LA VIVIENDA Y EL HOMBRE EN EL
CAMPO DE LA PROVINCIA DE
SANTANDER



SANTANDER

1971

DIPUTACION PROVINCIAL DE SANTANDER
INSTITUCION CULTURAL DE CANTABRIA

DISCURSOS DE INGRESO DE LOS CONSEJEROS DE NUMERO

JAVIER GONZALEZ-RIANCHO Y MAZO

LA VIVIENDA Y EL HOMBRE EN EL
CAMPO DE LA PROVINCIA DE
SANTANDER



SANTANDER

1971

Este discurso de ingreso en la Institución Cultural de Cantabria fue leído por su autor en sesión solemne, celebrada en el Salón de Actos de la Excma. Diputación Provincial de Santander, el día 12 de mayo de 1971, bajo la presidencia del Presidente de la Corporación Ilmo. Sr. D. Rafael González Echegaray y de la del Director de la Institución Dr. García Guinea.

Presentación del Consejero
D. Manuel Pereda de la Reguera

Por designación de la Dirección de nuestra Institución me ha sido dado el honor de hacer la obligada introducción al discurso de ingreso, como Consejero de Número de esta Institución Cultural de Cantabria, de nuestro querido amigo el Ilmo. Sr. Don Javier Riancho y Mazo. Hemos dicho intercaladamente introducción y no por dar una significación concreta a nuestra modesta intervención, que pudiera ser introducción al acto, como el prólogo que encabeza aquel trabajo que es el que atrae nuestro interés, o quizás, también, con un sentido a más llano nivel, puesto que, en algo, nuestro honroso papel de hoy es el de apadrinar, acompañar en esta entrada, en esta introducción oficial de acuerdo con nuestras normas, a quien ya lo era por designación desde su constitución y por derecho propio por cuanto sabe, ama y representa en su arte y en nuestra tierra. Lo que sí podemos afirmar es que al emplear este término lo hemos hecho a propósito para huir de la palabra presentación, pues, en este caso, no es un tópico decir que consideramos totalmente innecesaria la presentación de D. Javier Riancho, quien no sólo por los aquí reunidos, sino en toda nuestra región es sobradamente conocido, aunque ello, no obstante, nos permita recordar levemente algunas de las circunstancias que concurren en la valoración de nuestro querido compañero.

El Consejo de la Institución Cultural de Cantabria, está constituido por ilustres personalidades montañosas, destacadas y representativas en la vinculación de nuestra Cantabria en las ciencias, las letras y las artes. Debo decir que, también, por quien simplemente, pueda tener acreditada una dedicación de amor y trabajo hacia nuestra tierra, y digo esto —y permítaseme que aquí hable en primera persona, norma por otra parte, no extraña al lenguaje académico, porque hago esta salvedad en mi propio descargo, porque nadie piense que la sana vanidad, que a todos nos acompaña,

podiera en mí, al amparo de los demás, querer salirse de lo que pueda significar reconocimiento¹ de una modestísima labor, para participar de esta expresión justa de elogio y admiración, con que califico y considero a mis queridos compañeros de Consejo.

Decíamos que en nuestro Consejo están representadas las ciencias, las letras y las artes y lo hacíamos para puntualizar que la arquitectura, precisamente, está representada en él por D. Javier Riancho.

Los que hemos vivido con una vinculación a este arte, profesionalmente con dedicación de constructores y por nuestra afición e interés en desentrañar la historia de nuestros hombres y su arte, conocemos la importancia que la arquitectura ha tenido, tiene y tendrá en el caminar de España en este mundo al que nuestra Institución está obligada a servir, para que no sea como un cajón de recuerdos, un archivo del pasado sino también un servicio al porvenir que ante nosotros muere y nace cada día. los hombres de Cantabria —quien hable de historia no puede referirse a nuestra región de otra manera, pues el nombre de Santander como provincia nació anteayer— destacaron en las artes como ningún otro pueblo hispano aquí, como acusaba el Doctor Pericot, puede, decirse que nacieron los primeros creadores de arte de la humanidad, los grandes pintores de la Prehistoria, ellos fueron, también, los primeros que dieron, con su decoración, un sentido hogareño y estable al refugio de la caverna.

Aquí nace igualmente, con toda plenitud la normativa española que sirve a su vez de guía y cuna para el renacer de la escultura en la vieja Europa, y muchos de los artistas que trabajan por toda la península labrando esculturas y tallando imágenes y retablos son montañeses. Pero el arte en que con más esclavitud se centra el quehacer de nuestros hombres es el de la Arquitectura. Los primeros contratos, libros de fábrica, etc., de las más importantes obras, en que se consignan los nombres de sus artífices, llevan, en su mayor parte apellidos de nuestra tierra. De ellos son las más importantes obras arquitectónicas de la mitad occidental de España.

La Arquitectura era una profesión que aquí se transmitía de padres a hijos, e incluso era común a los habitantes de algunas zonas, como Trasmiera, «la meca del arte de la cantería» como la denominó Sojo y Lomba, aunque esto no indique que en otras cosas de toda nuestra tierra no destacaran otros arquitectos como un Juan Bautista de Monegro, el que hizo el transparente de la Catedral de Toledo o un Juan de Herrera, creador de

un peculiar estilo, o los Hontañón, de Rasines, entre los que se cuenta el más grande Arquitecto español.

Hemos pensado en todas estas circunstancias, con que se vinculan este arte y los hombres de nuestra tierra, al trazar estas líneas en torno a Javier Riancho, porque en él concurren muchas de ellas. Vinculado a Cantabria por sus apellidos, Riancho, originario de Laredo, frontero a Trasmiera; y del Mazo, trasmerano, con una casa troncal radicante en Meruelo, la cuna de los fundidores, de los campaneros, otro arte en el que, también, con exclusividad, llevaron por España sus hombres; entre los que recordamos a Diego del Mazo que en 1544 fundió una campana para la Giralda de Sevilla, o Francisco del Mazo que en 1782 hizo otra para la torre de Santo Tomé de Toledo. Apellido éste, como casi todos los montañeses, con casas solariegas en diversos lugares de Cantabria, el Riancho en Solares, y Castañeda, y del Mazo en Colindres, Castañeda, Argomilla y Renedo de Piélagos de la que procede nuestro compañero y en la que nació don Francisco Antonio de la Riva y del Mazo Arzobispo de Santa Fe en 1765, Mitra que en el siglo XVII había ocupado el lebaniego Francisco de Otero y Cossío Capitán General de Nueva Granada.

Sobre estos apellidos netamente montañeses concurren en Javier Riancho y del Mazo —así en este último apellido—, la circunstancia hereditaria, como en aquellos maestros que dieron renombre a Cantabria, pues pertenece a una estirpe de arquitectos e ingenieros de caminos, actividades antiguamente de la misma profesión, pues su abuelo dedicado a la ingeniería fue quien trazó las rampas de Bárcena y la línea de los ferrocarriles vascongados, y su padre, de su mismo nombre, arquitecto a quienes todos hemos conocido al servicio del municipio de nuestra ciudad, así como son arquitectos e ingenieros de caminos otros miembros de su familia.

Don Javier Riancho obtuvo su titulación el mismo año de nuestro Alzamiento, quedando vinculado su quehacer a nuestra tierra y muy principalmente a nuestra provincia, trabajando desde los primeros tiempos de la postguerra al servicio de la Obra Sindical, haciendo una arquitectura, y nosotros diríamos un servicio, eminentemente social, siempre de cara a unos problemas, que si están planteados a nivel universal, en España se agrandaron con las necesidades multiplicadas por nuestra guerra.

Trabajar en los núcleos rurales no suele facilitar la realización de obras de lucimiento para un Arquitecto, menos aún en una obra social, aunque nuestro compañero de Consejo haya rematado otras tan importantes

como el edificio del Banco de Santander o de tan alto interés para nosotros como la acertada reconstrucción del Palacio de Mercadal, pero su trabajo le ha llevado a conocer excepcionalmente nuestra arquitectura popular, no a conocer las fachadas de esta arquitectura, sino todos sus elementos, pues sin duda habrá visitado en estos años miles de viviendas en todas las zonas montañosas donde las características de la vivienda humana son tan dispares como las que nos ofrecen Trasmiera, Las Villas Pasiegas, el Alto Campoo o las villas marineras.

Nosotros vemos tras esa obra realizada por nuestro compañero en los medios rurales, que a algunos parecerá silenciosa, sin esas estridencias o lucimientos, que con buen o mal gusto, nos ofrece la ciudad, una importante virtud y conocimiento y una grande y difícil especialización.

Y ustedes comprenderán mejor el alcance de cuanto pretendo decir si repito una anécdota que traigo aquí porque la conocí de la boca del propio Riancho: Mostraba éste la provincia a uno de sus parientes, también Arquitecto, cuando en un bello paisaje, junto a las construcciones rurales irrumpiendo su armonía, contemplaron una construcción que se veía realizada de acuerdo con un proyecto de técnico titulado. La exclamación crítica del Arquitecto acompañante fue: «¡vaya! ¡aquí ya ha entrado un Arquitecto!».

Por eso la obra de quien conoce una región y la ama, puede parecer silenciosa cuando está bien hecha, pero conocer una región, sentir su atmósfera viva es difícil en ciertos extremos. Hay otras ciencias y otras artes en que, con las enseñanzas que se requieren queda uno impuesto para un brillante desempeño profesional. En Arquitectura para trabajar en los medios rurales creemos que hay que sentir muy profundamente a la región, que hay que nacer en ella, que el nacimiento imprime en el hombre un sentido especialísimo que nos hace conocer esas características diferenciales, que son las que dan fuerza y sentido al ambiente peculiar de cada zona, hasta el extremo que cuanto más silenciosa nos parezca la obra realizada es porque está más encajada y más al servicio de su ambiente.

Así, en la valoración de esa obra silenciosa y esas circunstancias que hemos intentado esbozar, paralelas a aquellas que concurrían en los mejores maestros transmeranos, está trazada la destacada personalidad del Consejero que hoy recibimos entre nosotros.

He dicho.

Excmos. señores, señoras, señores amigos.

Agradezco profundamente las frases pronunciadas hace unos momentos en mi presentación por D. MANUEL PEREDA DE LA REGUERA; solamente la bondad que, no mis merecimientos han podido inspirarlas. Sinceramente y al emplear esta palabra lo hago buscando en ella su más amplia expresividad las acepto con esa intención, pues repito, que no se acompasan en absoluto esa buenísima voluntad en el elogio con mi entorno real de merecimientos.

Mi presencia en estos momentos y en este acto ha de mirarse como un fruto de la amistad. Desde niños, vivíamos en portales inmediatos de la Acera del Correo PEDRO ESCALANTE y yo, la cultivamos ya de muchachos pasando largas temporadas en el Valle de Toranzo y de hombres trabajando en la misma empresa Industrial. En nuestras conversaciones de todas esas edades descubrimos afinidades comunes, y sobre todas, nuestro cariño y admiración por la provincia donde nacimos y donde están enterrados nuestros antepasados. Un día me llamó para pedirme colaboración en esta Institución, no pude negarme a un amigo y esa y únicamente esa es la razón de mi presencia en este Acto. Al no estar con nosotros, al llevarlo Dios a su lado, ha sido motivo que a mí me ha obligado más a cumplir el compromiso que un día, ya lejano, con él contraje.

INTRODUCCION

Con motivo de celebrarse los primeros Congresos de Arquitectura Regional los años 1966 y 1967 en Elorrio y Oviedo respectivamente, se plantearon en mi ánimo dudas y preguntas que se relacionaban con el tema de esa Arquitectura Regional en sus aspectos, humano, de estilo, tradición y utilitario. Trataré de explicar en esta introducción lo que pensaba entonces y ahora. Lo que llamamos Arquitectura Regional generalmente se circunscribe a edificaciones situadas en el campo; distribuidas en un área más o menos grande, pero perfectamente definible y que no suele ser mayor que una provincia; estas edificaciones poseen constantes constructivas que precisamente son las que le dan ese carácter en cierto modo unitario; unidad que a su vez hace podamos afirmar que existe esa Arquitectura Regional.

Esas constantes constructivas son debidas fundamentalmente a tres o cuatro razones exteriores o muy íntimamente unidas al hombre que vive esa Arquitectura y que éste supo aprovechar para conseguir lo que quería.

Estas razones pueden ser: materiales, más fáciles de obtener por su abundancia o cercanía. Necesidad de defenderse de un clima. Y que lo que se construyera se adaptara de una manera práctica a dos conceptos; el primero, desarrollo familiar y humano que durante años se va a desenvolver en aquel edificio, segundo que ese edificio sirviera para conseguir que la inevitable explotación del territorio que lo rodeaba fuera fácil, y cómoda y que el propio edificio colaborase para esta explotación. Estas construcciones necesariamente se componen de dos partes perfectamente diferenciadas, absolutamente enlazadas y al mismo tiempo sucede que la existencia de la una condiciona la existencia de la otra. Me quiero referir al interior del edificio, al conjunto de habitaciones o espacios cerrados que lo forman y al exterior o fachadas y que con el tejado cierran precisamente esas habitaciones, espacios o volúmenes. El espectador o viajero que llega a uno de nuestros pueblos y mira lo edificado ve precisamente ese exterior o conjunto de fachadas y no ve ni le preocupa el interior.

En el ánimo de ese espectador queda la huella de lo que vio, que puede ser algo que le produjo emoción, por su carácter, belleza, calidad, armonía, etc. o simplemente por contraste por lo que habitualmente mira y ve. También le puede producir repulsa o desagrado por emociones personales contrarias a las que en el párrafo anterior quedan señaladas.

De lo que no ve, el interior, gran mayoría de espectadores no se preocupan, parece que no existiera.

En otro orden de ideas que convergen sobre el mismo tema hemos de plantearnos el hecho de que todo esto que vemos, hasta nosotros ha llegado construido por generaciones anteriores; por el laborar humano de nuestros antepasados, esos labradores, ganaderos, agricultores, leñadores o carboneros, y todo hay que decirlo, hidalgos o señores que poblaron los campos Montañeses. Nos dejaron una Arquitectura con unidad de estilo, de formas y materiales; en definitiva, una Arquitectura Regional, con gran carácter y belleza, formando conjuntos urbanos como Carmona, Barcenilla, Sopeña, Alceda, Solórzano, Selaya y tantos y tantos más por toda la Provincia. También quedaron viviendas diseminadas y aisladas en pequeños grupos por toda la geografía Provincial. Con gran contraste se presenta la gran diferencia; la belleza y armonía de las fachadas, aún de las más humildes y sencillas, con lo que ocurre por el interior.

Las condiciones que reúnen para vivir esas viviendas son malas o muy malas. En gran número de estos edificios no se debería vivir. Tendrían que ser reformados, abandonados o derribados. Hagamos aparecer en este razonamiento otro conjunto de ideas distintas.

Al elevarse el nivel de vida aceleradamente, empiezan a conocer y saber que pueden vivir de otra forma, y, no solamente eso, sino que lo pueden conseguir fácilmente. Entonces comienzan a reformar lo que tienen o bien abandonan todo lo antiguo que seguramente heredaron y de nueva planta elevan otros edificios.

Aquí, en este punto, realmente aparecen mis dudas y son el tema de esta conferencia.

Para realizar esas reformas interiores y obtener mejor habitabilidad, inevitablemente han de tocarse con obras los exteriores. Aparecen entonces a la vista del expectador modificaciones en el carácter del edificio.

Otras veces por el empleo de materiales industrializados o prefabricados o que proceden de otras regiones y que nada recuerdan o no concuerdan o armonizan con los del edificio afectado, el desentono es más notable.

¿Qué ha de hacerse? Las economías, los conocimientos, la sensibilidad de los reformadores sean propietarios o artesanos dedicados a la construcción, está desfasada con los conocimientos, la sensibilidad y las necesidades que tenemos cubiertas ámpliamente nosotros, los espectadores de los exteriores de sus viviendas, de sus fachadas. Criticamos ágricamente, por no decir violentamente, lo ejecutado.

Entonces pregunto ¿Es lícito criticar esta situación sólo porque a nosotros espectadores nos molesta en nuestras ocasionales visitas de recreo o turismo la que vemos? ¿Cómo podemos por escrúpulos estéticos molestarlos, si sabemos que lo que se realiza está dirigido a que una familia viva mejor o mucho mejor?

La realidad es que poco a poco, por construcciones nuevas o por derribo, abandono o reforma de las antiguas edificaciones la fisonomía, el carácter de nuestros pueblos se modifica. ¿Hacia mejor? ¿Hacia peor? ¿Debemos impedir ésto? ¿Podemos hacerlo? ¿Tenemos medios para conseguirlo? ¿Cómo aunar la belleza, la tradición que heredamos con las necesidades familiares y económicas de las actuales familias?

Analizaremos algunos aspectos de tema tan amplio.

Como método que entiende ser más práctico es ir estudiando el «habitat» del hombre Montañés en siglos anteriores, para conocer por una parte las razones que motivaron el tipo de construcción rural que habitaron y repitieron. También hemos de estudiar de ese «habitat» el clima y los materiales de que dispusieron para conseguir sus fines en este orden de cosas. Por otra, el carácter, la idiosincracia de ese hombre y la evolución económica producida en este siglo que le ha permitido evolucionar también su forma de vivir, de tal manera que se ha incorporado sin grandes vaivenes a esta sociedad actual; la que ha sido calificada como «sociedad de consumo».

PEQUEÑO BOSQUEJO HISTORICO

Intentaré con mucha ligereza establecer la evolución de la casa rural en la Montaña a través de los siglos; creo interesante esta exposición porque podremos hacernos cargo así mejor del porqué de algunos aspectos y formas de la vivienda actual en los pueblos. Para establecer este bosquejo voy a seguir paso a paso lo que escribe el Arquitecto Montañés D. Elías Ortiz de la Torre, fallecido hace algunos años, en el libro *Arquitectura Civil* subtítulo de otro más general *«La Montaña Artística»*. En verdad me he limitado a enlazar unos con otros párrafos del espléndido trabajo de don Elías Ortiz de la Torre por entender que es difícil sintetizar tema tan amplio de la forma que lo tiene estudiado y conseguido.

Prescindiremos de los siglos primeros así como de las épocas Romana y Gótica para fijarnos en el siglo XV.

«Ya metidos en el siglo XV, los ejemplos que nos encontramos nos permiten hablar con justeza de las viviendas». Dice el Sr. Ortiz de la Torre. «Se levantan las primeras casas de tipo ciudadano; en Santillana quedan algunas alineadas formando calle e incluidas entre medianerías». «Por efecto del justificado recelo que todavía subsiste se hacen de poco frente y mucho fondo y conservan algunos de los caracteres defensivos de las torres». «Prevalece aún la costumbre de abrir pocos y no muy grandes huecos al exterior», «la escalera arranca junto a la puerta y se eleva adosada a uno de los muros laterales», «éstos rematan en altos piñones sobre los cuales apoya la cubierta a dos aguas». Indudablemente esta época influyó grandemente sobre las construcciones que después se efectuaron, ya no en medios urbanos y sí rurales; queda esa idea de unir una casa a otra formando calle y con casas metidas entre medianerías, en todos los pueblos de la provincia se encontrarán, prevalece el tipo de ventana pequeña. Poco a poco aparecen elementos y formas que hoy subsisten en gran profusión procedentes de siglos anteriores y que solamente la quietud y tradición del pueblo han conservado muchas veces no siendo lógico ni razonable su empleo, solamente disculpado en la falta de iniciativa y en la continuidad que todas las cosas aldeanas y de campo suelen tener.

«A partir del siglo XV son ya muchos los ejemplares de casas rurales que se encuentran en la provincia». Constructivamente en esencia se componen de muros de mampostería muy tosca unidos muchas veces con barro, estos muros se solían reforzar por medio de una sillería muy «irregu-

lar en las esquinas; «la puerta», de arco apuntado ventanas muy escasas y estrechas», también rematadas en arco apuntado, recibían del exterior la menor cantidad posible de aire y de luz, «las armaduras formadas por grandes maderos mal escuadrados; casas de esta época y tipo quedan aún en Bejoris y Alceda, pueblos ambos situados en las dos orillas del río Pas en el valle de Toranzo, así como en otros pueblos situados en otros valles como Esles en Cayón y Saro en Villacarriedo.

«Aparece en esta época otro elemento». «Frecuentemente y apoyados sobre la fachada se abre una socarreña o cobertizo de gran altura armado con enormes piezas de roble», en las casas a que antes me he referido procedentes del siglo XV queda aún este elemento, socarreña, con sus grandes vigas y dando a ella todos los huecos de la fachada. Son casas de una sola planta con una distribución rudimentaria generalmente una sola habitación y atrás la cuadra, si acaso hoy tiene un pobre y pequeño sobrado con una escalera mala procedente de siglos posteriores y que emplean como pajar u otra habitación.

Tales son los caracteres de estos rústicos edificios que han albergado a tantas generaciones de montañeses, y que todavía con sus paredones desplomados, sus pisos de tablas carcomidas y mal trabadas, sus muros renegridos por el humo de varios siglos y sus techos sin cielorraso, bastan para abrigar en algunas aldeas a lo más pobre de nuestra población rural».

«Al final de esta centuria o principios de la siguiente hace su aparición en el arte popular un nuevo elemento arquitectónico que perdurará y se desarrollará extraordinariamente. En esta época se eleva una segunda planta, constando las casas rurales que se encuentran actualmente procedentes del siglo XVI de planta baja, planta primera y desván».

En este siglo «los muros laterales contruidos a modo de cortafuegos se acusan en la fachada principal por medio de unas pilastras o pequeños resaltes, aprovechando estos sus tentáculos para tender ellos una viga apeada en el medio o los tercios por una o dos columnas de piedra» o madera rematadas en una zapata sin labra alguna, «sobre la viga gravita el peso del muro superior en tanto que el de abajo se retira hasta la segunda crujía dando de este modo lugar al nacimiento de el soportal», que como antes decía llega a ser «uno de los elementos típicos de la arquitectura regional». Inmediatamente aparece la solana metida entre los muros latera-

les. Ya en el siglo XVII y XVIII la fisonomía de la casa aldeana es la siguiente: de planta rectangular cerrada y como elemento de máxima caracterización la solana y debajo el portal.

Durante el siglo XIX continúa este tipo de vivienda aunque ya empieza a complicarse por el auge que toma la ganadería.

EL CLIMA, EL TRABAJO, LA ECONOMIA.

El Clima, el trabajo derivado del «habitat» natural y la economía que de este trabajo se deriva, son tres circunstancias que condicionan, imponen y en definitiva caracterizan la vida de los hombres y naturalmente lo que los rodea o ellos crean para cubrir sus necesidades inmediatas.

La vivienda es elemento absolutamente necesario. Esta provincia de Santander no podía ser una excepción. Con clima templado-lluvioso, como secuela, con una naturaleza absolutamente verde formada por árboles, praderas naturales, toda clase de arbustos, con facilidades para explotar modestas huertas, todo empujaba al pastoreo y a la cría de ganado lanar o vacuno.

En los siglos anteriores tal vez se explotara alguna mina de sal y se aprovechara en el litoral la pesca. Existió alguna industria muy localizada. La fábrica de cañones de La Cavada, la construcción de barcos en El Astillero, tejeras y caleros muy modestos repartidos por toda la geografía de la provincia. Alguna dedicación artesana ambulante como los serrones cabuérnigos, los canteros trasmeranos, etc., y nada más, es decir, prácticamente ningún ingreso desde este sector.

En cambio de ese campo y monte verde que rodeaba al hombre obtenía todo lo que precisaba para subsistir.

De las huertas: patatas ,alubias, berzas y repollos; en las mieses: maíz y calabazas ; frutas como: peras, manzanas, cerezas, higos, etc.

Del ganado vacuno o cabrío, leche y sus derivados. Carne obtenida de alguna caza o del sacrificio del ganado.

Criaba cerdos y gallinas obteniendo grasas y cecinas de los primeros y huevos o carne de las segundas. Agua por todas partes en fuentes, ríos, regatos, cayéndole con constancia y monotonía de los goterales de sus viviendas y combustible abundante y a la puerta de su casa. Madera, arbustos, árboles, ramas y quimas.

En definitiva podía comer con más o menos variación o abundancia. En muchos casos con gran modestia y escasez. De la naturaleza que lo rodeaba podía recoger todos los materiales que precisaba para construir un edificio.

Su trabajo se circunscribía al área inmediata que rodeaba a su pueblo o barrio, en la primavera sembrar las pocas tierras de que disponía. Mandar al monte el ganado, ordeñarlo mañana y tarde. Arreglar algún «morio» que la crudeza del anterior invierno derribó y poco más. En el verano «El Agosto» secar la hierba para las cebas del invierno, después abonar con el estiércol acumulado en la pila de abono.

En otoño recoger cosechas de maíz, de castañas, de avellanas, guardar las pocas o muchas manzanas; si tenían parra consumir los racimos, recoger la cosecha de miel y empezar a pasar horas y días en la solana o soportal, en labores, como arreglar el carro de madera o fabricar unas abarcas o unas cevillas, también subiendo al tejado después de los Sures fuertes para colocar bien unas tejas que el «viento solano» había movido. Esta inmovilidad, este replegarse hacia la casa lo imponía la lluvia, ese compañero inseparable nuestro que con su persistencia obtiene esa gran melancolía del Campo Montañés, el color verde gris siempre difuminado, la humedad que relaja los nervios, el ruido a golpes racheados que produce el viento Sur y la lluvia con su música igual, rítmica, producida con el caer a través de los goterales. Todo esto parece como si aletargara a estas gentes, las quitara vitalidad y redujera sus movimientos a cubrir actividades menores, sedentarias y tranquilas.

El invierno prolongaba y agudizaba esta situación.

De vez en cuando fuertes temporales acentúan la necesidad de no moverse de casa y esperar la bonanza del tiempo que en ocasiones tarda días y días y hasta meses en llegar. Este hombre con este clima, teniendo en su casa todo lo que precisa para vivir vida tan modesta y obligadamente monótona sin necesidad de salir a trabajar y con su modestísima economía,

resuelta va creando a través de los siglos y con las naturales variantes, un tipo de casa vivienda que se compone de lo que ha de utilizar: bodegas y leñeras que contengan productos absolutamente precisos, patatas, maíz, alubias para comer y leña, mucha leña, elemento éste que le proporcione en el llar de la cocina el calor necesario para defenderse de los fríos de la primavera, otoño e invierno. Algo de cuadra y pajar para albergar en su momento, ocasionalmente el cerdo, alguna cabra u oveja y tal vez una o dos tudancas. Sitio para estar esos días tan largos y tediosos en que la lluvia no permita otra cosa; la solana y el soportal y aquellas habitaciones imprescindibles para la vida familiar, una cocina, una sala corrida a la fachada con 2 alcobas y si es posible obtener, algún dormitorio más sin luz ni ventilación a lo largo del pasillo.

Todos estos elementos reunidos y enlazados forman la vivienda del hombre montañés.

La Montaña nunca fue un país rico, bastante poblado hasta la Reconquista en que la densidad de población disminuyó mucho. Con agricultura rudimentaria y pastoreo de ganado, como medios de vida.

Hacia el siglo XVI fue asolada y diezmada la población por una epidemia de peste. Esto hace abandonar cultivos y tierras. En el XVII la gente más joven parte para América y comienza un ligero mejorar, al mandar los que marcharon, algo de sus ahorros. En el XVIII el bienestar colectivo aumenta al prosperar algo la industria e iniciarse algún comercio con América. También en este siglo se roturan terrenos públicos. Posteriormente los efectos de la guerra de la Independencia fueron desastrosos; en muchos momentos había de mantener dos ejércitos diferentes, cuando la realidad era que lo que tenían sólo alcanzaba para ellos. Después empieza el desarrollo del ganado, y llegamos a estos momentos de los que puede afirmarse que la economía provincial alcanza cimas que nunca se soñaron.

MATERIALES QUE SE EMPLEARON EN LAS CONSTRUCCIONES RURALES QUE HASTA NOSOTROS LLEGARON

Es indudable que una comarca, región o provincia en cierto modo aislada, como ocurría con las MONTAÑAS DE BURGOS, emparedada entre el mar Cantábrico y la cordillera de montañas que por el Sur nos separa del

resto de la nación, con economía mezquina y sin desarrollo alguno, con clima como el nuestro; había obligadamente de auto-abastecerse de todo lo que precisaba si quería subsistir. Hecho que se destaca más en el campo. Tenían que vivir, multiplicarse y subsistir trabajando, en el medio en el ambiente en que nacieron.

En estas condiciones es natural que para construir; tema que nos afecta, recogían lo que tenían a su alrededor. Los magníficos bosques de Robles y Castaños les facilitaron generosamente madera de gran calidad, nuestros ríos las piedras; cudones redondeados por el arrastre de las aguas, ideales para construir paredes. Explotaron canteras de piedra generalmente arenisca que labraron con facilidad ya que su dureza no es grande. Como material de agarre argamasa de cal y arena. La piedra caliza es abundante y quemarla en caleros; técnica primitiva y simple. Arena de río aparecía muy fácilmente en cualquier ribera cercana.

Por último, tejas y ladrillos que modelaban a mano y cocían en tejaras absolutamente rudimentarias pero muy eficaces que se repartían por todos los valles. No debe de olvidarse que la arcilla, materia prima para conseguir tejas y ladrillos, se encuentra a poco de cavar en cualquier parte, cuando no aflora en amplios estratos. También podían emplear y lo emplearon losas de piedra para cubiertas como en las villas Pasiegas o Campoo o Liébana. No empleó más materiales, tampoco los precisaba.

Con estos materiales básicos ejecutaron todo lo que hasta nosotros llegó. De madera construyeron las estructuras, vigas, pilares, cubiertas, tillados, viguetas de suelos, cabrios, ventanas, puertas, escaleras, aleros, frentes de solanas, barandillas, pesebres en las cuadras y no digamos ya, toda clase de muebles. Como se trataba de maderas nobles de gran calidad podían quedar al descubierto sin pintar.

Ya en el siglo XVIII se empezó a teñir con nogalina, oscureciendo más el tono de algunos suelos o frentes de solana. Antes en casas de abolengo se enceraba con cera procedente de colmenas familiares. Las maderas que empleaban y la circunstancia de no pintar dieron ese color característico de los edificios rurales, color que se funde perfectamente con el tono verde de nuestros campos y que unido al de la piedra siempre manchada por óxidos que la colorean suavemente pero con gama extensísima de tonos sea la arenisca de cantera o la calear que arrastran los ríos, forman ese conjunto armonioso que nunca desentona y que se diluye dentro del colorido

do más extenso y verde de nuestra provincia, sin molestar nunca y dándole siempre con su existencia la naturalidad de la presencia humana; transformando la naturaleza en campo.

CONSTANTES DE LA ARQUITECTURA MONTAÑESA RURAL.

Al empezar esta conferencia hemos señalado la existencia de constantes constructivas que precisamente son las que dan unidad al conjunto. Esas invariantes pueden ser y lo son realmente elementos del conjunto como solanas o aleros o bien formas de planta o alzado de la edificación o también métodos constructivos o materiales que se emplean en esa construcción. Merece la pena que señalemos con cierto detalle estas constantes.

a) Materiales.—Son siempre y en todos los casos los mismos y casi en exclusiva madera y piedra. Teja curva ejecutada a mano, o losas de piedra para la cubierta, cal y arena de río o de cantera para las argamasas.

b) Estructura.—Siempre de madera en vigas y pilares. Muros de carga en mampostería con piedra de río de tamaño medio enlazada con mortero de cal. Cubierta de madera y cimientos de piedra con cudones grandes de río.

c) Reparto.—Un soportal desde el que se accede hacia el interior, directamente hacia una bodega, hoy cuadra, desde ella la escalera arranca para alcanzar la zona media de la planta, un pasillo largo la recorría. Cogiendo la longitud de la fachada con salida directa a la solana, sala con dos alcobas; a los lados del pasillo, alcobas sin ventilación; a la fachada de atrás el pajar y la cocina, la escalera se prolonga desde esta planta 1.^a hacia el sobrado o bohardilla.

d) Forma de planta.—Generalmente y en gran mayoría de casos rectangular muy alargada entre medianerías, con frentes estrechos.

Soportales.—Siempre de frente a la casa pudiendo coger toda la fachada o bien parte de ella, en este segundo caso aparece una habitación tercera o bodega. Este soportal tiene una profundidad que alcanza una crujía.

Solanas.—Elemento característico de la casa rural o popular con frente de madera formado de tornos cogidos, con pasamanos. Suelo de tablas sobre viguetas, salientes de las fachadas, cerrándola lateralmente. Estas solanas están adornadas por una parra que por debajo del alero las recorre.

Aleros.—Grandes, de madera más o menos historiados. El Arquitecto Elías Ortiz de la Torre en su libro *Arquitectura Civil* los describe de esta manera «Completan el conjunto Arquitectónico regional algunos elementos de carácter secundario, tales son el alero de gran voladizo con doble o triple serie de canes muy ricamente labrado». También están labradas las zapatas y carreras.

Muros cortavientos.—Cerraban el saliente de la fachada por los laterales. Servían para cobijarla y también como elemento idóneo para colocar y exhibir el escudo, no llegaban al suelo en algún caso, en otros sí y se recortaban frecuentemente en forma de ménsula a la altura del piso «E. Ortiz de la Torre obra citada». En esta ménsula se labraba una moldura en forma de pecho de paloma.

Corraladas.—Delante de las casas en espacio cerrado como patio que se utiliza para depósito de toda clase de materiales, en ella puede haber algún colgadizo, la cierran hacia la calle puertas de madera sencillas, o construcciones de más porte, las portaladas.

Todo este conjunto de elementos son las construcciones o invariantes de la Arquitectura Popular Montañesa y se repiten con persistencia por toda la provincia, podrán modificarse cada uno de ellos en su estructura, en su forma de concebirlos pero cualquier edificio que pueda examinarse los contendrá en su conjunto o la gran mayoría de ellos. Pues precisamente estas invariantes son la argamasa que enlaza pueblo con pueblo formando el conjunto provincial que nos caracteriza en este orden de cosas.

EL HOMBRE MONTAÑÉS, SU CARACTER, SUS NECESIDADES

¿Cómo son estos montañeses, nuestros paisanos que han conseguido a través de los siglos dar carácter, unidad y forma mental a una provincia española caracterizándola de manera singular y sabiendo crear un estilo

de edificio que ha merecido los honores de conocerse en toda España como Arquitectura Montañesa? Tomemos alguna descripción de tipo humano de nuestro gran novelista D. José M.^a de Pereda. En «Peñas Arriba» dice: «La raza es de lo más sano y hermoso que he conocido en España y yo creo que son partes principales de ello la continua gimnasia del monte, la abundancia de la leche y la honradez de las costumbres públicas y domésticas». De Chisco, Pereda escribe: «Era un mozetón fornido, ancho y algo cuadrado de hombros, vestía pantalón azul con media remonta negra, sujeto a la cintura por un ceñidor morado y sobre la camisa de escaso cuello, un lástico o chaquetón de bayeta roja. Calzaba abarcas de tres tarugos sobre escarpines de paño pardo y por debajo del hongo deformado con que se cubría la abultada cabeza caían largos mechones de pelo áspero y enterrubio, casi del color de su cara sanota y agradable, cuyo defecto único era la mandíbula inferior más saliente que la otra».

He comentado que la pobreza durante los siglos XVI y XVII fue grande y extensa, lo que motivó que se iniciase la emigración. Muchos de nuestros hombres jóvenes debían emigrar, la economía provincial tan pobre y reducida no les permitía salir del estado de cosas en que vivían sus padres y vivieron sus abuelos, la solución la encontraban, como he dicho, emigrando.

Su preparación no era grande; sus ilusiones y hombría de bien inmensas, sus deseos de regresar, sus nostalgias por lo que dejaron les roía las entrañas. Los años que vivieron en las aldeas donde abrieron los ojos a la luz, les dejaron marcado a fuego en su alma el recuerdo de las cambras que corrían de niños a la búsqueda de nidos por los cercanos árboles o matorrales; los baños del verano en los pozos del río familiar, el volar de los vencejos con su peculiar algarabía alrededor de la torre la iglesia. La misa dominical. Los días de lluvia de todo el año en los soportales de la casa o correteando y mojándose por prados y callejas.

La bolera; los trabajos al aire libre de los padres, siempre en contacto tan directo con esta naturaleza verde. Y las fiestas familiares en las Navidades con la matanza de noviembre y la preparación de el «remojín», las torrejas de la noche de Navidad esperada por los pequeños con tanta ilusión durante meses. Después las Marzas y el alegre bullicio de todos los niños del lugar corriendo delante de la «Vejanera», armada ésta con palo del que colgaba una vejiga hinchada. La romería en honor del Santo o Santa patronal, romería que se celebraba en campo pradeado de la comuni-

dad con árboles verdes, en la que se reunían los vecinos y familiares de todos los pueblos de los alrededores y en la que la única música la producía el pito y el tambor; como contrapartida, la visita el día de difuntos de todo el pueblo reunido al cementerio; ese día también se ponían las mejores ropas y se rendía homenaje, de presencia y recuerdo a todos los enterados, deudos, amigos o simplemente conocidos. Las alegrías y las tristezas, los buenos y los malos momentos eran y son compartidos por toda la comunidad de vecinos.

Todo esto, tejía como una malla formada de recuerdos, de sensaciones, de colores, de olores, de ruidos, de tristezas y alegrías que envolvían el alma del emigrante y también creaban y después encerraban la nostalgia, que sin poderlo remediar empuja lágrimas en los ojos de hombres y mujeres cuando lejos de sus lugares de nacimiento y crianza algo, en algún momento, sacude su sensibilidad y hace aflorar estos recuerdos tan queridos y bien guardados dentro de sí.

Esto explica que los montañeses regresen siempre a sus pueblos, a sus viviendas de origen y regresen de hombres maduros realmente acordándose y buscando la tierra para descansar mientras Dios quiera que vivan o para que contenga sus restos después.

He conocido por mi actividad profesional a un hombre que de niño marchó a una nación Americana, hizo fortuna y ya maduro, sintió la llamada de la tierra y regresó a su pueblo natal. Al regresar a España, lo hizo por Nueva-York, donde vivió algunos meses, pasó por Madrid y Santander y después por Villacarriedo y siguió hacia un pueblo alto de aquel valle, lugar de pocos vecinos que asoma sus casas por las lomas que limitan con el valle de Villacarriedo. En ese pueblo al no quedarle familia alguna vivía en habitación muy modesta que un vecino le facilitó, tampoco le quedaba ninguna propiedad allá, así vivió algunos años; en aquel pueblo está enterrado. Pudo vivir en México, Estados Unidos, Madrid, Santander, Villacarriedo, vivió sus últimos días y murió en el pueblo donde nació.

¿Por qué? ¿Qué buscaba? Buscaba y encontró su niñez. Los pájaros que oyó cantar cuando tenía 10 años, el cuco lejano y algo mítico, el malvís en jaula construida con ramitas de mimbre y puesta en la solana de algún vecino, o al sencillo y humilde petirrojo de los huertos; encontró el color verde en todas sus gamas de el campo que recorría de mocete. Encontró las misas dominicales en la parroquia que tanto había frecuentado

de niño, es posible que pudiera sentarse en el mismo banco en que de niño se sentaba, encontró también el cementerio donde dormían sus padres. La vida es como una gran curva que busca el origen de la misma cuando llega al final. Nuestros paisanos recuerdan, les rodea el perfume lleno de belleza de sus años primeros y tratan al final de sus vidas de enlazar las desilusiones o dolores que encontraron, con ese comienzo tan alegre que tanto añoran.

Estos hombres son sobrios en todo, en hablar, en comer, en necesidades, en viajar, en diversiones, en su forma de trabajar. En alguna zona, como la que pueblan los pasiegos, estas necesidades están llevadas al mínimo posible. Muchas veces he presenciado el paso de una familia pasiega; durante el verano se traslada de una a otra finca para recoger la cosecha de hierba y guardarla en el pajar para después en el invierno regresar a ese invernal y consumirla. Lo que pasa es una manada de vacas o becerras, siempre ganado de calidad, cada cabeza de ganado transporta sujeta al cuello su cebilla y la cuerda precisa para el amarre al pesebre. Este ganado va vigilado en su caminar y también dirigido por toda la familia chicos y grandes. Pasan también un cordero y un caballo o yegua con dos cuévanos, dentro de esos cuévanos va todo lo que la familia precisa para vivir en la cabaña 10 o 15 días.

También puede verse otro cuévano a la espalda de la pasiega, a todos acompaña algún perro. Llevan harina para hacer pan y tocino, patatas, y alubias, leche la tendrán con los ordeños, cuajada y manteca de esa misma leche y agua en cualquier manantial cercano a la cabaña. Este edificio se compone de una gran cuadra en planta baja y un pajar encima, de ese pajar en el frente más favorable se quita la superficie precisa para dos habitaciones que separa un pasillo, una la cocina, otra el dormitorio de los padres, los hijos duermen sobre la cumbre que forma la hierba seca tapados por alguna manta. Ropa la puesta.

Nuestros hombres del campo son lentos en su pensar y lentos en decidir, inteligentes y vivos, tranquilos en sus movimientos, recios para defenderse de la naturaleza que los rodea y con una aficción metida en la masa de la sangre, el ganado, la explotación del ganado, las ferias, el valor comercial de sus reses y de la leche que producen; todo esto les absorbe y elimina toda otra preocupación o deseo intelectual. Nada de lecturas, si acaso la hoja suelta de algún periódico atrasado que puede llegar a sus manos. Y repetir lo que ha conocido la forma de vivir, el reparto de la vi-

vienda, la diaria comida, la manera de labrar o de cultivar el campo, únicamente este carácter tan sentado, tan invariable, tan sedentario, en definitiva podrá variar si algo a su alrededor varía y él observa que es mejor, más útil o más aprovechable, entonces y únicamente de esta manera es posible que algo modifique en su diario vivir.

Por último y sobre este aspecto que vengo describiendo, contaré algo tremendamente representativo y aleccionador de estos hombres y que he vivido personalmente.

Hace 10 ó 12 años me pidió una autoridad de la provincia que llegara hasta «La Serna de Ebro» y tratara de ayudar a aquel vecindario en su petición de auxilio económico y técnico para conducir agua de un manantial cercano hasta el pueblo de La Serna. Convine con el presidente de la Junta Vecinal el día y hora y de acuerdo con lo convenido, nos encontramos una mañana del mes de junio al pie del pueblo de Río-Panero sobre la carretera que desde Carrales conduce a Ru-Herrero, en pleno Valderredible. Me esperaban con caballos pues el camino es malo y penoso, imposible para coches de motor y tremendamente duro y dificultoso para carretas o carros. Pasamos por Río-Panero y después, sin dejar de subir, por las cercanías de la Población de Arriba. Seguimos subiendo y al cabo de un hora larga de camino llegamos a La Serna. Este pueblo, como tantos de Valderredible, vive de lo que produce el campo. En este caso agravado por la altura en que La Serna se encuentra, inmediato al pueblo realmente en uno de sus bordes el Monte Hijedo, masa forestal imponente, cerrada y bellísima. Este pueblo tan alto está rodeado de nieves o neveros 6 o 7 meses de cada año. Se compone de viviendas construídas todas de piedra con estructura de madera, solana, soportal, siempre el mismo tipo de edificio, con color gris oscuro la piedra y la madera al natural en colores muertos, sin brillo. El único edificio distinto a una vivienda era la escuela. No tenían tienda ni taberna. Ni luz eléctrica, agua o calles.

Se veían algunas gallinas y los vecinos tenían algún ganado por el monte, yeguas, vacas campurrianas y ovejas. Del campo sembraban y obtenían patatas.

La mañana la dediqué a intentar resolver los problemas que hasta aquel lugar me habían llevado y comimos en una casa de un vecino que facilitó para este fin; reunidos toda la Junta Vecinal, algún vecino que se agregó y yo. La comida fue un primer plato de arroz y otro segundo de

arroz con gallina. Fue una comida muy agradable, se veía en los ojos, en los ademanes de aquellos hombres, que agradecían en el alma mi presencia en medio tan humilde. Comimos y hablamos mucho, me interesé constantemente por sus cosas, por sus vidas, por sus necesidades y deseos. En algún momento de la conversación me contaron que algunos jóvenes se marchaban por entender que aquella vida era tan pobre, tenía tan pocas perspectivas, que para cambiar el modo de vida que llevaban se lanzaban a buscar nuevos horizontes y con ello nueva forma de vivir. También me contaron que algunos de los que marcharon habían intentado después de triunfar llevar a su familia, sacándolos de La Serna. No habían consentido. Se me ocurrió preguntar que por qué. ¿Por qué querían continuar allí con su pobreza, su frío, su alejamiento de los demás pueblos, sin comodidades, sin enlace apenas con el resto de Valderredible? Se produjo un silencio y uno de aquellos hombres me dijo: Nos quedamos por dos cosas, la tierra y los muertos del cementerio. El silencio después de aquello se podía cortar, he de confesar que las lágrimas acudieron a mis ojos. Nunca había escuchado algo tan tremendamente humano como esa frase. La tierra y los muertos. Fue difícil reanudar otra conversación.

Las dos anécdotas que he relatado, tanto la del emigrante como la vida en La Serna de Ebro explican mucho, entre otras cosas, por qué a través de años y siglos llegó a estos tiempos atómicos una arquitectura con unidad de concepto, con unidad en sus materiales y lo más importante, con unidad en su espíritu y tan enlazada al paisaje y tan bella, como la Arquitectura Popular Montañesa.

CONSECUENCIAS QUE SE PRODUCEN EN EL VIVIR DE LAS FAMILIAS MONTAÑESAS DERIVADA DE LA EXPLOTACION GANADERA; REVOLUCION DE LA VACA EN EL SIGLO XX.

Aparece claro afirmar que es a fines del siglo XIX cuando se inicia en el campo Montañés la llegada de ganado vacuno de raza distinta a la autóctona, sea esta la Lebaniega, Cabuérniga, Tudanca o Campurriana, todos estos nombres señalan el mismo tipo de vaca la que deriva de la vaca Casina, esos animales con cuernos en forma de lira, capa pardo-negra muy brillante, de formas ligeras, esbelta y de no mucho tamaño que puebla aún los pastizales y valles altos de nuestra provincia.

A finales del siglo pasado empiezan a conocer nuestros aldeanos las vacas Suizas y Holandesas «las ratinas» y «pintas», vacas mucho más lecheras que el ganado que hasta ese momento criaban, también son bastante más precoces en su crecimiento, esa mayor cantidad de leche es precisamente la fuente que precisan y que alimentará a las industrias de transformación que empiezan a establecerse.

¿Quién empujó a quién? ¿La vaca a la industria? o ¿La industria a la vaca? La realidad fue, y es, que sin prisa pero también sin pausa, el censo ganadero aumentó y las pequeñas áreas iniciales donde se inició la explotación fueron creciendo hasta alcanzar a toda la provincia.

Es esencial para poder sacar consecuencias de este hecho real, enlazar con él, la vivienda. Podremos ver mejor la situación de las actuales viviendas rurales y las causas por las que padecen lacras y faltas de higiene así como tan pocas condiciones de habitabilidad.

Se encontraron los aldeanos montañeses que vivían en casas que procedían de siglos anteriores desde el siglo XV en adelante únicamente preparadas para habitarlas familias del medio rural con muy pocas exigencias y necesidades que cubrir; con que habían de hacer sitio en esos edificios al ganado que empezaban a manejar, mucho más lechero como hemos dicho pero también mucho más delicado y necesitado de atenciones. Debieron acondicionar como pudieron algún espacio para destinarlo a cuadra y otro amplio para pajar.

Naturalmente ocurrió lo que tenía que ocurrir, esta adaptación improvisada perturbó aún más las malas condiciones de habitabilidad de las viviendas o casas que vienen siendo motivo de esta conferencia.

Para obtener una cuadra lo primero y realmente lo único que se les ocurrió fue improvisarla dentro de la casa, parecía lo más rápido, fácil, económico y cómodo. No debe de olvidarse que se trataba de agrupaciones familiares que formaban pueblos muy pobres en general, estas gentes no podían permitirse el dispendio de hacer una cuadra, habilitaron una habitación de la planta baja, generalmente la del fondo de la casa o bien cerraron parte del portal, es decir, improvisaron una cuadra dentro de la casa sin pensar en más. El resultado concreto fue que a las malas condiciones de habitabilidad de las viviendas, unieron la entrada del ganado por el frente de la misma, haciendo esta entrada común para personas y animales y

colocaron la pila de abono en el sitio que encontraron más a mano, más fácil, precisamente a escasos metros y delante de la casa o en la misma cuadra. Aumentan con ello los olores, que se filtraban hacia la vivienda a través de los desvencijados suelos de tablas. Introduce en la vivienda con su calzado resto de la cuadra y consiguen una invasión de moscas en los meses del verano. Muchas cuadras he visto de estas que describo que además no tenían ventilación directa por ventana, quedando la puerta de entrada como única forma de ventilación. Tampoco tenían desagües. Resultó que este sistema permitió acoger debajo del mismo techo a personas y animales agravando, como ya he dicho, las condiciones de habitabilidad, pero sin embargo, no perturbó o si lo hizo fue en grado mínimo el aspecto exterior de las edificaciones aisladas o el aspecto urbano en los pueblos agrupados, ocurría esto al no edificar nada o casi nada fuera de lo que ya existía. Razón por la que muy cerca en el tiempo, 20 ó 30 años atrás, la fisonomía de nuestros pueblos podía ser la misma que la del año 1880. Todavía en estos años que vivimos pueden visitarse zonas, las más pobres de nuestra provincia de Santander, en las que se conservan pueblos como Carmona, todos los de Campoo y muchos de Liébana que tienen una unidad estética que aún no ha sido perturbada o lo ha sido muy poco por no haberse realizado nuevas construcciones o las antiguas se modificaron en su aspecto exterior muy ligeramente.

SITUACION ACTUAL Y TIPO DE CONSTRUCCIONES QUE HA IMPUESTO LA ECONOMIA DERIVADA DE LA EXPLOTACION GANADERA

Fue preciso que la economía de la provincia de Santander en los 30 primeros años de este siglo se modificara aumentando los caudales particulares, para que nuestros aldeanos empezaran a tantear la forma de cambiar su manera de vivir en cuanto se refiere a viviendas y cuadras, transformando lo que hasta aquellos momentos tenían y manejaban. Algunas familias que no vivían del campo, pero que lo conocían y amaban, no rurales, sí montañesas enraizadas en la provincia, se decidieron seguramente no por necesidad sí posiblemente por afición a crear unas explotaciones de ganado vacuno tal como seguramente vieron y conocieron en algunos de sus viajes por Francia, Bélgica, Suiza u Holanda.

Aparecieron estas explotaciones por algunos valles, pocos, de esta provincia con condiciones muy distintas a las que en los pueblos tenían, co-

nocían y manejaban. Así Vial en Solares, Pombo en el propio Santander o también en Solares y otros en otras zonas construyeron edificios que en nada recordaban lo autóctono en orden utilitario e higiénico. Y surgió otra vez el carácter del hombre rural, del hombre que ha vivido durante siglos de la experiencia propia. A la puesta en movimiento de ese carácter le empuja el dinero que observa consigue el que posee vacas y vende la leche con seguridad diaria a las fábricas de transformación que inician su vida precisamente en aquellos años.

El resultado lo estamos viendo, comienzan por aparecer tímidamente y con mucha modestia en su porte, edificios de planta alargada y dos alturas una mitad aproximadamente lo ocupa en planta baja y alta la vivienda, la otra mitad la cuadra y el pajar encima. Suelen ser edificios aislados. Olvidan, o por lo menos abandonan, el tipo que conocen y tienen a la vista por todas partes. Emplean ladrillos para muros perimetrales que revocan y pintan con cal blanca y cubren con cubierta formada de madera barata y teja curva. Económicamente no es posible recurrir a la sillería y en cierto modo a la mampostería; tampoco son posibles aleros de forma tradicional.

Se traza una modesta solana hacia el interior de la fachada y queda en algún caso un pequeño portal a modo de vestíbulo exterior. Ningún recuerdo de lo que se realiza en estos edificios totalmente utilitarios de la Arquitectura Popular Montañesa.

Al principio despacio y según transcurren los años aceleradamente este cambio de Arquitectura va modificando la fisonomía de los alrededores de nuestros pueblos. Este cambio en los años que transcurren es tal que la alarma inicial se transforma en preocupación tan emocional que obliga a reunir congresos de Arquitectura Rural en los que unas cuantas personas de buena voluntad discuten esta situación intentando encontrar soluciones a esta catástrofe estética.

Desde hace 10 ó 15 años la construcción rural se despega aún más de lo tradicional, ni materiales ni estilo, ni tampoco las necesidades que resuelven estas construcciones nos recuerdan en nada la construcción histórica Popular. Es tal el auge de construir que ha de buscarse el barrio antiguo de los pueblos, si quiere verse, tapado por este abigarrada conjunto de construcciones que los rodean.

La explotación ganadera ha modificado de forma rotunda la economía familiar y naturalmente en su conjunto la provincial, esta modificación eco-

nómica a su vez condiciona el modo de vivir de estas familias y este condicionamiento ha de cubrirse en el plano de las viviendas con construcciones que resuelvan esas necesidades pero que también se acomoden a esa nueva mentalidad.

Esta explotación de la economía provincial como suma de las economías familiares ha hecho que el agua conducida llegue en caudal amplio a multitud de Ayuntamientos y pueblos. Que la energía eléctrica y como secuela el teléfono y el televisor estén en todos los valles, pueblos y barrios. Que los caminos mejorados y las nuevas carreteras construídas permitan llegar en motocicletas y automóviles hasta las sitios más inverosímiles. Que los electrodomésticos, lavadoras de ropa, planchas, cocinas u otros utensilios sean conocidos y utilizados ampliamente. En definitiva, que la vida cambie de tal modo que vivir en las antiguas viviendas de los pueblos lo hagan familias que por razones particulares no alcanzaron el auge general y las conservan pero tendiendo a reformarlas o abandonarlas.

Puede asegurarse que en un plazo de 20 a 30 años quedarán indudablemente edificios con Arquitectura Tradicional Popular pero estos serán muy pocos y de los que queden gran cantidad aparecerán reformados y adulterados por materiales no tradicionales o por obras en sus fábricas, cerrar o abrir huecos que los desfiguren.

Ya las cosas en este punto creo es preciso recordar las preguntas que en la introducción nos hacíamos ¿Es lícito criticar lo que ha ocurrido y está ocurriendo sólo porque a nosotros espectadores nos molestan en nuestras ocasionales visitas de recreo o turismo lo que vemos? ¿Cómo podemos por escrúpulos estéticos molestarnos, si sabemos que lo que se realiza está dirigido a que una familia viva mejor o mucho mejor? Lo que se ejecuta al modificar la estética de nuestros pueblos, ¿es mejor, ¿es peor? Por último ¿debemos impedir ésto? ¿Podemos hacerlo? ¿Tenemos medios para conseguirlo?

Yo no me creo, como ya he dicho, capacitado para contestar a estas preguntas. Unicamente expreso categóricamente el derecho a vivir mejor de las familias del campo y también mi esperanza de que pueda conseguirse, aunar ese derecho inalienable con ese otro concepto estético-romántico de la existencia y supervivencia de la Arquitectura Popular Montañesa.

Firmado,

JAVIER GONZALEZ DE RIANCHO Y MAZO



Depósito Legal: SA. 90 - 1971

artés gráficas resma - monte, 30 - santander, 1971